

**SERRANO DE HARO, AGUSTÍN (COORD.),** *El deber gozoso de filosofar*, Salamanca, Sígueme, 2018, 526 págs.

Ante todo, la sociedad de los filósofos españoles debe celebrar gozosamente que vea la luz este libro de homenaje al filósofo español D. Miguel García-Baró López.

Constituye un orgullo, no sólo para nuestro país sino para los países de habla hispana, poder contar entre nosotros con un filósofo que ha dedicado sus mayores esfuerzos intelectuales a impartir y compartir conocimientos durante 40 años, tanto en la Universidad Complutense como en la Universidad Pontificia Comillas.

Esta larga y fecunda vida reflexiva le ha permitido desarrollar su vocación filosófica cultivando también otras vertientes de la misma, como son las de escritor y traductor. Sin olvidar, claro está, su faceta de conferenciante tanto en instituciones españolas como también en muchas otras de Europa, América e Israel. Una brillante carrera que ha culminado recientemente en su elección como académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, ocupando así el lugar vacante que dejó el fallecimiento del filósofo leonés D. Mariano Álvarez Gómez.

Aunque ya existía otro libro de agradecimientos bajo el título *La Filosofía y el Bien* (Ápeiron Ediciones, 2018), donde cuarenta y ocho antiguos alumnos y alumnas quisieron obsequiarle con algunos de sus trabajos, la obra colectiva que ahora recensamos, titulada *El deber gozoso de filosofar*, constituye el complemento adecuado que le faltaba. Una afirmación más que justificada, al comprobar que este nuevo libro de homenaje ha sido elaborado por numerosos docentes, en su mayoría reconocidos especialistas en distintas áreas del conocimiento filosófico y teológico, que desarrollan sus trabajos y sus vidas tanto en nuestro país como fuera de nuestras fronteras.

La lectura de un libro filosófico no siempre es fácil. Dificultad que se puede acrecentar, precisamente, cuando dicha obra reúne los estudios parciales de treinta y ocho autores y autoras diferentes.

Por ello, con buen criterio, los coordinadores de la obra (Agustín Serrano de Haro, Olga Belmonte García, Juan José García Norro, Iván Ortega Rodríguez y John David Barrientos Rodríguez) han establecido una división temática en cuatro partes: *fenomenología, filosofía de la religión, ética y política e idea de la filosofía*; si bien es verdad que algunos de los estudios no se dejan fácilmente clasificar o, incluso, podrían haber sido encuadrados en otra categoría.

Hecha esta salvedad, el libro se cierra con un apéndice bibliográfico muy completo, donde se pueden consultar las principales publicaciones de Miguel García-Baró, así como las numerosas tesis doctorales por él dirigidas.

Es cierto que varios de los ensayos exponen aproximaciones independientes en relación a temáticas propias de los más variados campos de investigación, lo que dificulta una visión holística de la obra. Aun así, este libro constituye, como escribe Agustín Serrano de Haro en su excelente presentación, una *obra coral*. Un libro que ha brotado del entreveramiento de la singladura filosófica propia de *un maestro* y de la escucha atenta de sus palabras. Se trata, por tanto, de un texto que nace de un diálogo filosófico entre verdaderos amigos, que se ha extendido durante bastantes años y en diferentes encuentros,

clases y seminarios, reflexionando y comentando textos filosóficos y teológicos capitales de la tradición occidental.

Es digno de mención que la denominación «maestro», refiriéndose al homenajeado, aparece en numerosas ocasiones. Y esta asignación no suele regalarse salvo que el curso de su pensar y el contraste de su vida impacten de tal manera –a quien se acerca a él– que obliguen a replantear las propias convicciones fundamentales en búsqueda de otro inicio. Esta es la razón por la que alguien que se acerque a este libro, sin haber conocido y escuchado de viva voz al pensador a quien se rinde homenaje, presentirá que la palabra escrita tiende a oscurecer la oralidad central de la enseñanza de Miguel García-Baró.

Si se trata de un libro polifónico que expresa *una historia*, una recensión sería del mismo sería tanto como intentar la osadía de reinterpretar la misma. Mi objetivo será, por tanto, más modesto; tan sólo una comprensión cabal del (sí) mismo.

Si bien es verdad que, en esta aventura hermenéutica más propia de un aprendiz de músico, se me ha vuelto inevitable dar cabida a algún que otro maestro, cuya voz disonante ha introducido alguna resonancia discordante. De este modo, he podido completar una orquesta de lujo encargada de interpretar, en diferentes escalas, la historia de la familia humana que quizá algún día pueda llevar un solo Nombre.

Así, rastreando, seleccionando y desgranando algunas de las espigas extendidas y dispersas sobre las páginas de este libro, urdiré un sencillo relato –en intención primordial–, que busca *recrear* la singular cadencia del sentir y pensar la vida del profesor Miguel García-Baró. Del éxito o fracaso de esta osada empresa dependerá que se haya conseguido también (des)ocultar la trama escondida de la historia –que también lleva su nombre–, y sobre cuyo telón de fondo u horizonte de comprensión se va dibujando un escenario donde todavía hoy, desde tiempos inmemoriales, siguen interpretando su papel algunas de las figuras bíblicas universales inmortales.

Pues bien, con el objetivo de resolver el enigma del conocimiento –qué es y cómo vivimos la verdad–, las *Investigaciones Lógicas* de Edmund Husserl se erigen para el filósofo español en su punto de partida filosófico. Sin embargo, su anhelo de lucidez perfecta le conduce, como siguiendo indirectamente el espíritu cristiano puro y simple que decía Simone Weil, a un «descenso a los abismos» de la subjetividad.

Trata así de acceder no sólo a las condiciones *lógicas* de posibilidad de la –vivencia de la– verdad sino también a las condiciones *sensibles o líricas* –ontológicas, carnales e intersubjetivas– del *aparecer en cuanto tal* –o misterio del tiempo y del Ser–. Durante este descenso, en el que va descubriendo un nuevo continente filosófico, las líneas de fuerza se van concentrando en la Roca de la «experiencia matriz» u «ontológica», de donde brotará la situación *fundamental* y la situación *primordial* de la existencia.

Sin embargo, como nos recuerda Catherine Chalié, la «casa-donde-habita-el-fenomenólogo» es demasiado estrecha para alojar en ella ciertos acontecimientos imprevistos de la historia; especialmente aquellas experiencias de (re)encarnación del mal y de brutalidad sin límites que desgarran, incluso rompen, el sentido intencional de las vivencias e incluso la trama de la historia. Hagamos memoria brevemente.

A partir de la modernidad, una vez “superadas” en Europa las *guerras* –por ausencia– de –verdadera– *religión*, como en algunos de sus escritos ha matizado Juan Martín Velasco, se instaura el ideal de la dominación técnica. El dominio creciente de la experiencia técnica del ser se vuelve –movilizando sus energías– hacia el propio existente. Y éste, como escribe Jan Patočka, va sintiéndose cada vez más envuelto «en lo interior» de un proceso dinámico, cada vez más acelerado.

La era de la producción sistematizada, que comporta el cálculo como actividad determinante, logra transfigurar la presencia humana en una «cosa pensante», reducible en último extremo a «una variable» de una función social y matemática que ejecuta fundamentalmente dos acciones principales: producir y consumir. En su último peldaño, esta voráGINE técnica y tecnológica se ha revelado como Fuerza bruta, es decir, como Guerra, tal como se ha puesto de manifiesto en las dos guerras mundiales.

La pregunta no se hace esperar: ¿cómo ha afectado al sentir y al pensar europeo y, por tanto, también al español, esta cesura moderna que ha ocasionado el abandono del ideal de vida según la verdad revelada, para ser reemplazado por el ideal de la dominación técnica que ha desembocado en estas dos catástrofes mundiales?

Parece que en los tiempos muertos sucesivos y en los inter-ludios entre ambos cataclismos ha saltado a escena el «homo ludens», el «homo festivus festivus» que quiere reemplazar al «homo sapiens sapiens». Hablamos del levinasiano «yo que goza de los alimentos» en un tipo de existencia que se siente desligada de la naturaleza y, sobre todo, de la historia. Quién sabe si no estaremos nosotros en medio del último de estos intervalos o emplazamientos que completan la partitura de la historia...

Pero en este ambiente festivo donde reina un tipo de sujeto de estilo de vida capitalista –sólo aparentemente pacífico–, ya ha irrumpido un nuevo tipo de humano, el mamífero o «simio informatizado». Una red informática universal ha operado el milagro: ha logrado «mantener a raya», o mejor, «en línea» a medio mundo; y lo ha conseguido mediante sus dulces y nihilistas descargas electromagnéticas liberadoras de endorfinas. Ha logrado así, no sólo anestesiar al «homo digital» durante 365 días al año y 24 horas al día sino mantenerlo cautivado y cautivo, pero esta vez en un gigantesco campo de (des)concentración cercado de vallas (in)alámbricas.

No es extraño que esta alteración anormal de nuestro sistema nervioso que activa nuestra carne emocional, esté contribuyendo también a conectarnos con la brutalidad y el violentamiento de la *carne* y del *rostro* que anida sigilosamente camuflado en «lo interior» del jardín del alma europea. No sabemos durante cuánto tiempo permanecerá en su ADN cultural la otra «hélice» de su agitada historia: el reclamo bíblico de la *Vida* y la sensibilidad socrático-platónica al (des)conocimiento del *Bien*.

Precisamente *entre* la ambigüedad de la *Carne viviente* –oscurecida por las fuerzas de pulsión caóticas que nos habitan y que preceden a la Palabra-Verbo creador–, y el imperativo del *Rostro ardiente* del prójimo habitando en la huella del Bien –que ha sido avivado por Auschwitz–, parece haber tenido lugar nuestra íntima e intrigante *génesis intersubjetiva*, como surgida entre dos árboles del jardín, es decir, en el contexto de la Vida.

En este humus cultural que cada vez invade con más intensidad nuestro espacio social y existencial, es admirable el tesón del filósofo Miguel García-Baró tratando de profundizar en las condiciones lógicas, ontológicas e intersubjetivas del presente vivo –a las que deberíamos añadir ahora las condiciones histórico-lingüísticas–.

Pero inesperadamente, como *al albur* de este inmenso trabajo, resuena una pregunta que parece poner en jaque, tanto la experiencia matriz como la fuerza motriz del pensamiento de Miguel García-Baró: ¿quieres obtener claridad universalizable sobre el fondo último y enigmático que somos? ¿Quieres dar cumplida satisfacción al anhelo de lucidez perfecta en torno al último secreto del corazón humano?

La consecución de este objetivo equivaldría a algo así como lograr un *salto* (*Spring*) sobre la propia sombra, es decir, sería como poder rasgar la costura o *velo del templo* que custodia este último secreto. Nos referimos preferentemente al tiempo-ser-espacio, la afectividad, la existencia impropia, la angustia y la muerte. Un *poder* que recuerda al ofrecido en el mensaje tentador de la serpiente: ¡“seréis como dioses”!

Desde mi perspectiva, esta búsqueda de esclarecimiento completo del milagro del aparecer que emprendió ya hace algunos años Miguel García-Baró, tras las huellas de Sócrates, Kierkegaard, Michel Henry y tantos otros autores, no hallará cumplida satisfacción si, tal como ya afirmó Martin Heidegger, no se manifiesta e irrumpe al mismo tiempo el dios y la confusión...

Como un kierkegaardiano «abrir y cerrar de ojos» (*Øieblikket*), se trataría del acontecimiento propicio y expropiador (*Ereignis*), de un instante profético o nuevo *Éxodo* donde, por obra y gracia del *Espíritu*, se habría levantado *una Fuerza* de salvación en la casa de David su siervo (...), transfigurando el tiempo cronológico en tiempo kairológico; como un viento recio que habría logrado (re)su(s)citar la *Palabra-Verbo* creador, quizá la puerta por donde entra el *mesías*, el símbolo histórico de la *Cruz*.

Si este acontecimiento se hubiera conmemorado históricamente en nuestros días, sí sería posible unir en una misma vida cristianismo y filosofía, tal como el filósofo Miguel García-Baró se propuso en 1984.

Como hemos escrito una líneas más arriba, Patočka, precedido algunos años por el espanto de Heidegger, advirtió que, en su último peldaño, la totalizante racionalización y tecnificación de la experiencia del ser, que ha desencadenado una vorágine técnica y una furia tecnológica insólita, *es* Fuerza bruta o Guerra, tal como se ha puesto de manifiesto en las dos conflagraciones mundiales.

Enmendando levemente el diagnóstico de Patočka, algunos indicios históricos apuntan que estamos *hoy* en torno a un penúltimo peldaño.

Consciente de esta decisiva hora histórica, el esfuerzo realizado por Miguel García-Baró, como pone de manifiesto este libro, constituye también una lucha agónica, pero en este caso por mostrar –con pasión unamuniana y con entusiasmo contagioso– la urgencia de la filosofía. Una idea que recuerda lo escrito por el vituperado Heidegger en sus *Cuadernos Negros de 1931-1938*: «los instantes de meditación son irrepetibles. Si se nos pasa su hora histórica, entonces todo va rodando hacia la ceguera de lo obvio, y no hay abismo más siniestro que ese».

Como para prevenir un *Tercer Abismo* que podría ser definitivo, el filósofo español sigue defendiendo hoy, con la terquedad propia del judío, la perentoria necesidad del «deber gozoso de filosofar». De no seguir manteniendo abierto este flanco de nuestra historia, de no continuar custodiando el costado «abierto» no violento o «débil» del Nuevo Testamento del que (e)manan *Sangre* (Eucaristía) y *Agua* (Bautismo), únicamente la nueva alianza entre biología, matemática y tecnología tomará la delantera en nuestra vida, monopolizando así en el futuro *todas* las potencialidades rectoras de la naturaleza, de la humanidad y de la historia.

Creo que podría suscribir el autor homenajeado en este volumen que esta auténtica defensa socrática de la filosofía constituye una de las mejores políticas educativas y de las mejores educaciones políticas jamás vistas en la historia, que contribuiría a erradicar el asno de la opinión pública, guiada hoy por *el führer* de la sociedad del espectáculo que fomentan las tecnologías de la (des)información y de la (in)comunicación.

Como alumno de Sócrates que *es* sospecha que la filosofía, «si fuera practicada en el mundo, aportaría un cambio beneficiosísimo a la existencia colectiva del que no cabe apenas una imagen». Sería algo muy próximo a la comunidad ética de contraste o «Iglesia racional» kantiana sometida a una legislación moral divina, frente a la cual pudieran purificarse todas las comunidades religiosas históricas de la tierra.

En síntesis, este trabajo coral que hemos presentado brevemente es clara muestra de que el inmenso trabajo aparentemente *solitario* en primera persona del singular realizado por el filósofo Miguel García-Baró, ha sido realmente un diálogo *solidario* en primera persona del plural, que ya está en marcha en aquellos buenos europeos que reconocen el *Bien* –y el *Sêr*– en el corazón de todo hablar.

Pero este libro polifónico quizá también constituya una sinfonía inacabada a la espera del Juicio final, del instante de la Parusía que marcará con *Verdad* la abismal *diferencia* entre la *Vida* y la muerte, entre la Compasión y la Catástrofe.

Con el objetivo de resolver el enigma del conocimiento, la filosofía académica del profesor Miguel García-Baró parece haberse inaugurado de la mano de Edmund Husserl y sus *Investigaciones Lógicas*. Una buena opción de clausurarlo quizá fuera completarlo de la mano de Pablo de Tarso y su *Carta a los Corintios*: «porque ahora vemos como en un espejo, veladamente; entonces veremos rostro a rostro. Ahora conozco de manera incompleta, entonces conoceré del todo, tal como soy conocido del todo».

Benito Enrique García Guerrero